

En la situación sin júbilo que es, en España, la de un profesor jubilado, una de las pocas grandes satisfacciones que se le ofrecen es la de participar en un acto como éste para dejar público y renovado testimonio de gratitud hacia quien tanto significó en la vida de tantos y en el cultivo de tantas ramas del saber lingüístico y filológico.

A más de cincuenta años de distancia de la llegada de Tovar a Salamanca en 1942, pienso que tenemos la perspectiva suficiente para presentar una visión —inevitablemente condicionada por mis propias vivencias personales— de lo que fue sin disputa la etapa más decisiva de nuestro homenajado por lo que tuvo de realizaciones y porque en ella concibió, inició y aun completó muchos de los proyectos del resto de su vida.

Puedo y debo arrogarme cierta posición de ventaja para abarcar esta etapa salmantina de la biografía de Tovar. En alguna ocasión me he referido a dos significativas coincidencias: en junio de 1942 yo pasé por el examen de final de bachillerato, ingreso en la Universidad, con el primer tribunal en que actuaba el recién llegado catedrático de Latín. Por el otro extremo, el 14 de diciembre de 1985 me correspondió presidir en la Facultad de Filosofía y Letras de Salamanca el tribunal de una tesis doctoral de lingüística griega: Tovar había fallecido en Madrid unas horas antes y yo pedí un minuto de silencio por quien tanto había significado para aquella Universidad y para esos estudios. Entre esos dos extremos hay más de cuarenta años de proximidad y colaboración

como alumno, primero, y como compañero, después, en una serie de empresas marcadas con el sello de su desinterés, de su mucho saber, de su curiosidad sin límites y de su espíritu dinámico y generoso.

La Salamanca de 1942 había vuelto a su condición de ciudad provinciana después de los agitados años de la guerra civil, cuando su posición geográfica hizo de ella un centro de comunicaciones entre la España del norte y la del sur y también con el frente de Madrid y, antes de Burgos, un centro político de la España de Franco. Los muchos monumentos que atesora destacaban sobre el innegable fondo rústico de sus calles y el tono igualmente campesino de muchas de sus gentes. Muy atrás quedaban los siglos de universalismo, definitivamente liquidados por la supresión de los Colegios Mayores universitarios a finales del siglo XVIII, por la costosa invasión napoleónica y por el anodino dormir de la ciudad y de los salmantinos en el resto del siglo XIX.

La Universidad a la que llegó Tovar en 1942 era poco más que el recuerdo censurado de un pasado glorioso de canonistas y teólogos, ignorantes y, si acaso, adversarios de Galileo y de Newton. Ya no vivía Unamuno, fallecido el último día de 1936, tras el sonado incidente del Paraninfo del 12 de octubre, cuando uno de los generales sublevados lanzó aquel terrible "Muera la inteligencia". El rector Unamuno, que le replicó, fue destituido aquella misma tarde (faltan las hojas correspondientes del libro de actas de la Junta de Gobierno) y, recluido en su casa, pasó amargado los pocos días que le quedaban, en plena guerra civil. Unamuno —titular de una cátedra de Griego y, a su regreso del destierro en 1930, de una de Historia de la Lengua Española— no era propiamente un científico. La suya fue una especie de misión socrática de "sacudir modorras" intelectuales, de sembrar protesta e inconformismo en actitudes literarias, filosóficas, religiosas, políticas. Unamuno era autor peligroso. Durante varios años de la guerra y la post-guerra la censura se encargó de impedir la reedición de muchas de sus obras. El cultivo de la ciencia pura en la Salamanca de los primeros decenios del siglo era para Unamuno un lujo: de ahí su conocido lema "que

inventen ellos". En torno a él —y en parte a pesar de él— algunos profesores intentaban, en una Universidad indigente, mantener un decoro científico: pienso en el penalista Dorado Montero, en el historiador Ramos Loscertales, en el latinista González de la Calle, a los que se sumaron en los años treinta otros estudiosos salidos de la Junta de Ampliación de Estudios como el historiador del arte Camón Aznar, el químico Rivas, el matemático Ancoechea y el biólogo Galán Gutiérrez.

Procedente de la Universidad Central de Madrid (la única que entonces estaba autorizada para conferir grados de doctor) en la que estuvo encargado de varias enseñanzas de Griego, Tovar llegaba a la Universidad de Salamanca de 1942 como catedrático de Latín y ello en contra de sus deseos, que hubieran sido desempeñar una cátedra de Griego. Recuerdo bien cómo él atribuía esa intencionada desviación a la animosidad de las "jerarquías" ministeriales ("jerarquía" es el término adecuado para esos años), que querían cerrarle el paso a una cátedra de Griego —entonces vacante— en la Universidad de Madrid y para ello las plazas que sacaron a oposición —Salamanca y Zaragoza— eran de Latín.

A sus treinta años Tovar presentaba ya un *curriculum* académico perfectamente respetable, a pesar de la interrupción que supuso la guerra civil. Había estudiado Derecho en el Colegio de María Cristina de los Agustinos de El Escorial. Prefirió continuar con Historia en Valladolid, con especial atención a la Arqueología del Profesor Mergelina, y luego con Letras clásicas en Madrid, en una Facultad de Letras prestigiosa en otras especialidades gracias a las figuras de don Ramón Menéndez Pidal, don Américo Castro, don Manuel Gómez Moreno, don Agustín Millares, don José Ortega y Gasset, don Manuel García Morente. Fue en 1933 cuando Menéndez Pidal, junto con Castro y Navarro Tomás, que dirigían el Centro de Estudios Históricos de la calle de Duque de Medinaceli, deciden impulsar los estudios de Filología Clásica en España —vieja asignatura pendiente para nuestra incorporación científica a Europa— y para ello hicieron venir a un joven profesor italiano llamado Giuliano Bonfante, que

se encontraba entonces en dificultades con el régimen de Mussolini, hijo de un famoso especialista de Derecho Romano, Pietro Bonfante, conocido de Menéndez Pidal. Giuliano Bonfante creó en el Instituto Nebrija una más que discreta biblioteca de Filología Clásica y de Lingüística Indoeuropea, fundó la revista *Emerita* y —ya que mezquinamente se le impidió profesar cursos en la Universidad— organizó seminarios de postgrado en su propio Instituto, a los cuales sólo admitía a un reducido número de alumnos previamente aceptados por él: allí trabajaron los latinistas Angel Pariente y Antonio Magariños, el romanista Alvaro d'Ors, que así combinó su formación de filólogo con la de jurista, y el propio Antonio Tovar. De aquellos años es la cuidadosa edición comentada de las *Bucólicas* de Virgilio y su primer interés por los idilios de Teócrito. En 1933 y 1934 Tovar participa en los famosos cruceros de estudios por el Mediterráneo, organizados por las Universidades de Madrid y Valladolid y objeto de admirativa envidia de las promociones posteriores. A la llegada a Atenas, Tovar asombró a propios y a extraños al ponerse a hablar griego moderno, que había estado estudiando durante la travesía. En el curso académico 1935-1936 Tovar se benefició de una beca de la Junta de Ampliación de Estudios que le permitió asistir en París a los cursos de Benveniste y Dain y en Berlín a los de Jaeger y Schwyzer, que estaba entonces en plena tarea de terminar la redacción de su monumental *Griechische Grammatik*. Hasta la muerte de Schwyzer en 1943 Tovar mantuvo con él correspondencia y amistad en plena guerra mundial. En septiembre de 1936, Tovar regresó a España, en plena guerra civil, enriquecido con la fiel amistad y la hombría de bien del poeta Dionisio Ridruejo y del historiador de la Medicina, Pedro Laín Entralgo.

La guerra civil hizo correr serio peligro de muerte a la apenas nacida Filología Clásica española. Giuliano Bonfante hubo de salir de Madrid. Varios profesores —entre ellos don Rafael Lapesa, a quien se lo he oído contar— se constituyeron en guardia permanente en las bibliotecas de la calle Duque de Medinaceli para evitar que sus fondos se convirtiesen en combustible en los tres duros inviernos del Madrid sitiado del

36 al 39. Entre las ruinas y las privaciones del Madrid de la postguerra más inmediata hubo empeño en reanudar las tareas, a pesar de penosas ausencias, algunas forzadas por la excluyente y grandilocuente refundación de la Junta de Ampliación de Estudios con el nombre de Consejo Superior de Investigaciones Científicas en septiembre de 1939. En Filología Clásica fueron Antonio Tovar y Alvaro d'Ors quienes constituyeron el puente con las tareas de la preguerra y aseguraron la entrega de la antorcha a las nuevas promociones.

En Salamanca el colectivo estudiantil era por aquellos años ciertamente abigarrado: sólo en Letras —que era carrera de segunda frente a Medicina y Derecho, con mejores perspectivas económicas de porvenir profesional— la presencia femenina superaba por primera vez a la masculina. Entre los varones contrastaban los uniformes militares con los ternos no siempre impecables, acompañados de la imprescindible corbata e incluso del cuello duro almidonado, que permitía hacer espaciar más el lavado de la camisa. Se habían desmovilizado ya algunos reemplazos de la guerra civil, pero subsistía la amenaza de nuevas movilizaciones por la situación de la Guerra Mundial. Todas las mañanas salíamos a la calle con el temor de encontrarnos propaganda más o menos oficial para atacar Gibraltar y el bando de movilización correspondiente, que, en efecto, se produjo tras el desembarco aliado en África del Norte en noviembre de 1942 y la batalla de Stalingrado a comienzos de 1943. Además, los sábados no asistían a clase los que formábamos parte de la Milicia Universitaria, que con esa instrucción teórica y práctica más dos campamentos de tres meses en verano disponíamos de una fórmula no demasiado incómoda de cumplir el servicio militar terminando como oficiales de complemento. En mi caso particular, mi servicio en el Ejército me tuvo ocupado —con intermitencias, afortunadamente— siete años, de 1943 a 1948.

Tovar me confesó más de una vez que este material humano que se le ofrecía, con una actitud tremendamente seria ante la vida, dura y difícil, convencido de que la Universidad y el estudio habían de tomarse sin frivolidad alguna, fue para

él un estímulo para su quehacer profesoral y para sus planes de futuro. Jamás hizo Tovar, en su trato con los alumnos, acepción de personas ni de ideologías —actitud verdaderamente meritoria en la España de la postguerra civil. Aun recuerdo con emoción la lectura, entre servicio y servicio en el cuartel, del libro clásico de Benveniste *Origines de la formation des noms en indoeuropéen* o del de Specht *Der Ursprung der indogermanischen Deklination*, que me había prestado el propio Tovar. Porque las dificultades bibliográficas eran de primer orden en un mundo en el que la guerra imponía prioridades más perentorias que el facilitar el estudio de la Filología.

Es así de imaginar la mezcla de satisfacción y de admiración con que fue saludada una de las primeras iniciativas de Tovar, ya en el otoño de 1942: la creación de un Seminario de Filología Clásica reuniendo en una sala los fondos de esas materias existentes en la Biblioteca de la Facultad. Los alumnos de especialidad y el propio Tovar realizaron el trabajo físico del traslado, colocación y ordenación de los libros. Allí estaban, directamente accesibles en los estantes, la *Realencyclopädie* de Pauly-Wissowa, el *Handbuch* de Iwan Müller y Walter Otto, el *Thesaurus Linguae Graecae* de Stephanus-Didot, y el *Thesaurus Linguae Latinae*, el *Corpus Inscriptionum Latinarum*, las colecciones de textos de Didot, de Budé y la Bibliotheca Teubneriana razonablemente completas, amén de una serie de tratados y manuales de estudio y monografías (pienso en las gramáticas históricas de Kieckers, en la comparada de Meillet y Vendryes, en el *Grundriss* de Brugmann-Delbrück, en los manuales de Métrica de Havet, de Rupprecht, de Koster). Algunos afortunados recibimos el honor de disponer de una llave que, a pesar de la mala cara del bedel, nos permitía trabajar en el Seminario incluso los domingos. El Seminario era para trabajar *in situ* y en esto Tovar era siempre riguroso y nos daba ejemplo: aún le recuerdo sentado en su pupitre del balcón de la calle de Palomino tomando notas y redactando su *Sintaxis latina*, soportando la incomodidad de un seminario sin calefacción que hacía verdaderamente heroica la permanencia en él. No me cabe duda de que la manera de ser y de actuar de Tovar tenían

para él un sentido misional, adquirido en sus tiempos madrileños en el Centro de Estudios Históricos, hijo al fin y al cabo de la Institución Libre de Enseñanza, fundada en los años 80 del siglo XIX por don Francisco Giner de los Ríos. Los males de España se resolverían con una buena política educativa. El se entregó plenamente a la tarea que, dentro del programa general, le correspondía en una cátedra universitaria, sin profesión externa, claro es, de esos ideales, mal vistos e incluso perseguidos por la política educativa en vigor. A la Salamanca que en el pasado había sabido acoger a tantos maestros de fuera —pensemos en el mismo Fray Luis de León y en el propio Unamuno— Tovar traía un nuevo estilo de entender el estudio, el magisterio y la convivencia social. Llegó a Salamanca recién casado. No pudo impedir —ni tenía por qué— la mezcla de simpatía y atracción siempre respetuosa con que —jóvenes al fin y al cabo— mirábamos y admirábamos a Chelo, su esposa. Ni el asombro de verle cruzar la Plaza Mayor con un niño en brazos, lo que añadía mucho a su calidad humana de padre y esposo, sin mengua de su prestigio como profesor. Esa sencillez espontánea y no estudiada es la que abría las puertas de su casa a sus discípulos, a cualquier hora, como si quisiéramos ampliar fuera del horario de la Facultad la oportunidad de lucrarnos de su saber y de su experiencia, que se nos ofrecían también en reuniones de café, como la tertulia literaria nocturna del Café Castilla, de la que algunos años más tarde surgió la revista *Trabajos y días*, que algunos estudiantes bohemios y nocherniegos solían parodiar hasta la hora del amanecer con el nombre de *Ocios y noches*.

Resulta claro de toda evidencia que en su quehacer salmantino Tovar aplicó a la labor científica el sentido misional unamuniano de despertar modorras intelectuales, sustituyendo el "que inventen ellos" por un "inventemos nosotros". Tovar despertó, efectivamente algunas inteligencias de primera clase como al medievalista Ramos Loscertales. Discípulo de Hinojosa (fundador de la escuela española de historia del derecho en línea con Savigny), Ramos, profundamente admirado por sus compañeros Sánchez Albornoz y Valdeavellano, era un excelente conversador, lleno de sabi-

duría penetrante que hacía posible hablar de los temas literarios e históricos más variados desde el supuesto feudalismo griego de época micénica hasta los episodios más íntimos de la historia de Isabel II. Pero, aunque lo disimulaba bajo una capa de escéptica y sutil ironía, sucumbió a la influencia de Unamuno, que resultaba evidente hasta en su propio atuendo, con su chaleco de punto cubriéndole la pechera de una camisa sin corbata. Gracias al aguijón de Tovar, Ramos puso de nuevo manos a la obra y publicó unas excelentes monografías de crítica histórica sobre el hereje Prisciliano y el derecho medieval aragonés.

En la escala de valores éticos profesionales de Tovar el cumplir con el deber de impartir las clases ocupaba el peldaño más alto. Con ocasión de sus viajes a Madrid, regresaba a Salamanca por la noche en el rápido de Irún y era habitual el verle en el café de la estación de Medina del Campo corrigiendo ejercicios o preparando su clase hasta la salida del tren de Salamanca, adonde llegaba a las 8:30 a tiempo de su clase de Latín de las nueve en la Facultad del Palacio de Anaya.

Con su enorme capacidad de trabajo y su desinterés Tovar no sólo impartía sus cursos de Latín sino también cursos monográficos y seminarios de Griego y otras lenguas indoeuropeas.

En 1945-46 seguí un curso de Paleografía Griega con especial atención a la colección de códices griegos de la Universidad, que desde muy pronto excitó su interés. Uno de ellos contenía unas notas de Hernán Núñez al texto de Teócrito que parecían contener lecturas del desaparecido códice B de Wilamowitz, tema sobre el cual volvió Tovar más de una vez. En 1946 me invitó a hacer una colación del códice 230, que perteneció a Hernán Núñez para verificar si acaso contenía lecturas del desaparecido manuscrito. Le resultaba a Tovar bastante insoportable que en el siglo XVIII fuesen llevados por orden regia bastantes códices griegos a la Biblioteca de Palacio y no cejó en sus gestiones hasta lograr que en 1954, con ocasión del VII centenario de la Universidad, fuesen devueltos a Salamanca.



También asistí a un curso monográfico sobre la *Metafísica* de Aristóteles, fundamental para la historia de la filosofía anterior a él, que se combinaba con un seminario sobre *Las Nubes* en un momento en que Tovar estaba ya enfrascado en la redacción de su *Vida de Sócrates*, que vería la luz en 1947.

Otros cursos versaron sobre *Lengua gótica* y *Antiguo eslavo*, que dieron lugar a sendos manuales.

En 1944 un seminario versó sobre dialectos griegos, precisamente cuando Tovar preparaba la primera parte de su "Estratigrafía", que le llevó a desarrollar ideas de Hoffmann y de Kretschmer sobre la superposición de estratos dialectales y la primitiva extensión del jonio, concretadas en un primer extenso artículo publicado en *Emerita*, objeto de frecuentes citas en la bibliografía internacional hasta la revolución provocada por el desciframiento del micénico.

De entonces data también su preocupación por las lenguas prelatinas de Hispania. Recuerdo cómo lleno de emoción, allá por 1945, dedicó excepcionalmente una clase de Latín a exponernos los avances que había logrado el día anterior en la interpretación de monedas e inscripciones celtibéricas aplicando a los signos ibéricos los valores fonéticos intuitivos más que establecidos por Gómez Moreno. Y naturalmente, de la mano del celtibérico y del ibérico y de la hipótesis de Schuchardt sobre la quasi-identidad del vasco y del ibérico llegó a estudiar vascuence, para lo que pasó algunos veranos con su familia en Orio, y a cuyo estudio quiso que yo me interesara: en 1946 tradujimos del alemán entre ambos el *Bosquejo de una sintaxis elemental del vascuence de Ernst Lewy* (San Sebastián 1946, 48 páginas).

A otros corresponde tratar de sus aportaciones en estos campos, tan estrechamente relacionados entre sí. No dejaré de señalar que este bregar con las escrituras prerromanas de la península Ibérica le llevó a Tovar a interesarse por otras escrituras mediterráneas, como la tartesia y a crear la revista *Minos* en 1951 en colaboración con el profesor Emilio Peruzzi, de Florencia, estudioso de las inscripciones minoicas y micénicas, que entonces no se distinguían con precisión. En

Los años posteriores a 1956 trajeron a Tovar una cierta medida de frustración en las ilusiones puestas en la institución salmantina. A partir de esta fecha, concluida prácticamente la parte más significativa de su etapa de Salamanca, Tovar se concentra en el trabajo universitario y científico sin renunciar a una vertiente más pública como es la representada por sus artículos de crítica literaria: son los años de su estancia en las Universidades de Tucumán (Argentina) y de Illinois (Urbana, Estados Unidos), de su traslado a la Universidad de Madrid y de su docencia en Tübingen. De su fecundidad dan impresionante testimonio las páginas de bibliografía compiladas por Teresa Santander para el volumen de *Studia Indogermanica et Palaeohispanica in honorem A. Tovar et L. Michelena* (Salamanca 1990).

Vista en su conjunto, en la biografía de nuestro homenajeado destacan los años de Salamanca. En ellos está la prefiguración y aun la realización del Tovar universitario y científico, siempre dedicado al estudio y a sus alumnos, a los que no cesó de estimular. Tantos campos abarcó y tal fue su curiosidad científica y portentosa actividad que, como colofón de esta mi intervención, quiero repetir la frase que tantas veces le oí y que explicita el sentido misional y pionero que él mismo daba a su vida. "En nuestra España, lo que yo he hecho ha sido sobre todo explorar y roturar nuevos campos científicos, que otros se han encargado de labrar." Por supuesto —añadimos nosotros— con plena conciencia de nuestras limitaciones y con proclamada gratitud al maestro.